

Miguel Morán reúne en este volumen el resultado de varios años de estudio e investigación sobre la historia del coleccionismo en España durante los siglos XVI y XVII. Partiendo del interés que despertaron las antigüedades en los primeros humanistas, justifica las razones que les llevaron a realizar viajes por la Península Ibérica buscando, anotando, apreciando y tratando de conservar los hallazgos locales que dieron lugar al comienzo de la arqueología española. El autor marca la diferencia entre el coleccionismo erudito y el lúdico demostrando cómo en los humanistas el acercamiento a la Antigüedad fue más intelectual que estético, ya que vieron en las monedas, medallas, inscripciones y estatuas clásicas, documentos históricos para reconstruir el pasado. Sin embargo, el coleccionismo a gran escala quedaba fuera del alcance de la mayor parte de éstos, restringido a los monarcas y a la aristocracia que, en labores diplomáticas, se vio obligada a pasar largas estancias en Italia.

El volumen, formado por una introducción y nueve capítulos, comienza con la admiración de los romeos por las construcciones hidráulicas romanas y con la reutilización de los antiguos sarcófagos en la España cristiana como pilas bautismales, capiteles, columnas, inscripciones o relieves, en un afán de enriquecer la nueva construcción. Continúa con la importancia de las descripciones de viajes, algunas tan tempranas como la del rabino Benjamín de Tudela (1165) que durante diez años recorrió el orbe conocido, deteniéndose en la ciudad de Roma, con especial interés por encontrar una interpretación judaica para la Antigüedad romana, y destacando la actitud de Alfonso de Palencia (1459) que en *La perfección del triunfo* trató de demostrar la magnificencia del pasado frente a la decadencia del presente. Esa misma actitud fue mantenida entre otros por Antonio de Nebrija ante las ruinas de la ciudad de Mérida y por un melancólico Rodrigo Caro un siglo después. A salvar los restos encontrados se dedicaron con entusiasmo Antonio Agustín y Ambrosio de Morales, este último pionero con su obra *Las antigüedades de las ciudades de España* publicada en 1575. Al dominico español Alfonso Chacón, que estuvo al frente de la Biblioteca Vaticana, dedica el autor un capítulo, resaltando sus estudios sobre la columna trajana y los monumentos sagrados de Roma en los que, con una visión absolutamente moderna y contando con un equipo de copistas, dibujantes y pintores, logró perpetuar los vestigios del primer cristianismo presentes aún en las basílicas, cementerios y catacumbas de la ciudad.

A pesar de la fascinación de los españoles que viajaron a Roma y a la gran importancia del grabado, medio por el que se difundieron los monumentos más emblemáticos de la ciudad que empezaron a aparecer en los fondos de los cuadros de los pintores españoles, se destaca el escaso número de españoles que sentían afición por la Antigüedad, quizá por la identificación que existió entre humanistas y luteranos, y la falta de interés de Felipe II que mantuvo las esculturas en las bóvedas del Alcázar madrileño y llegó a rechazar la oportunidad de enriquecer la colección con la donación de Fulvio Orsini en 1581. Aunque en 1578, el monarca ordenó realizar las *Relaciones topográficas de los pueblos de España*, hasta 1677 no se protegerá el patrimonio arqueológico de manera institucional con las primeras ordenanzas municipales de la ciudad de Mérida.

Entre los coleccionistas de escultura aparecen citados el duque de Alba, Luis de Ávila, los virreyes de Nápoles Pedro de Toledo y el primer duque de Alcalá, así como el embajador en Roma Diego Hurtado de Mendoza o el duque de Villahermosa, el conde de Miranda y el condestable de Castilla. Ya durante el siglo XVII hubo otros como el conde de Benavente, Vicencio Juan de Lastanosa, el conde de Guimerá, el tercer duque de Alcalá y el marqués del Carpio. Todos ellos, ávidos amantes de las antigüedades, están situados en su entorno, lo que proporciona al lector una visión de conjunto absolutamente inédita.

Otro aspecto de gran interés es el cambio que produjo la Contrarreforma en la elección de objetos artísticos y la importancia de las reliquias, tanto en las colecciones reales como de la nobleza. Esto produjo un debate sobre la autenticidad que no se había tenido en cuenta anteriormente, como cuando Felipe IV envió a Velázquez a Italia (tema al que se dedica el último capítulo) para comprar esculturas con el fin de decorar las nuevas salas del Alcázar. Entonces no le importó si eran piezas auténticas, copias en bronce o vaciados en yeso. Se trataba de la búsqueda de la belleza en sí misma a través de la Antigüedad.

El texto cuenta con numerosas notas que lo justifican y amplían de manera exhaustiva. Tanto éstas como la abundante relación bibliográfica y las interesantes y cuidadosamente elegidas ilustraciones, como es habitual en las magníficas ediciones del CEEH, convierten la obra en un manual de referencia imprescindible para introducirse, disfrutar y profundizar en el estudio de los inicios del coleccionismo anticuario.